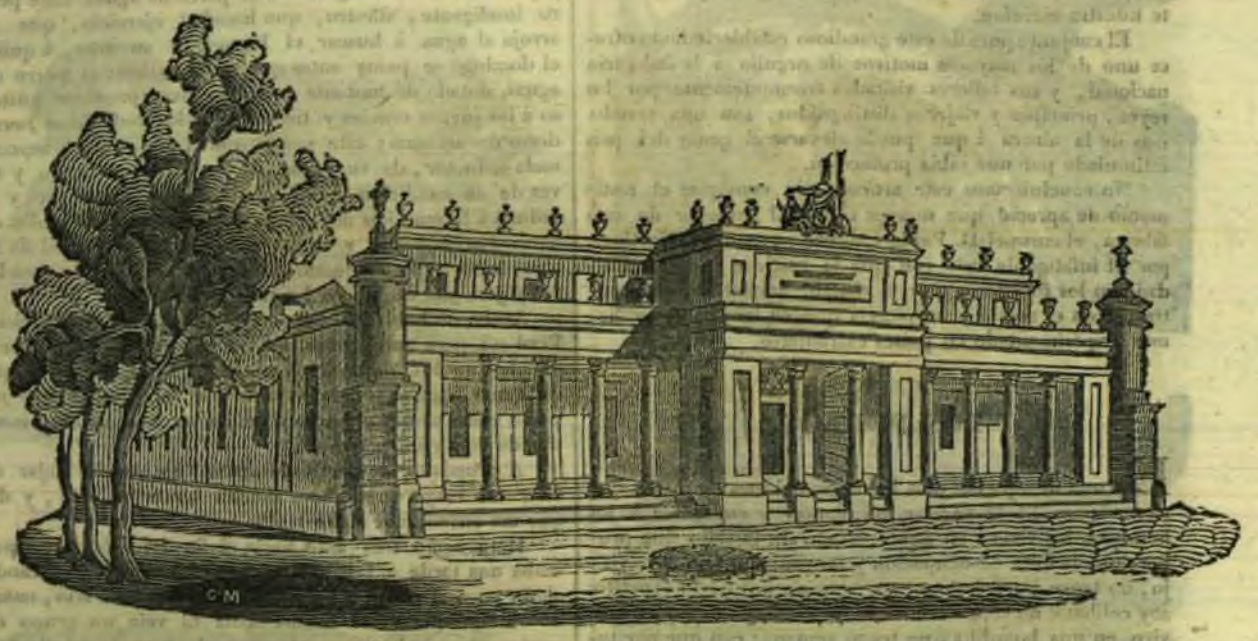

REAL FABRICA PLATERIA DE MARTINEZ.

Entre los muchos establecimientos que hacen grata la memoria del inmortal Carlos III no puede menos de contarse el que vá á ocuparnos en este momento, y que atestigua al par que la grandeza de aquel monarca, la exactitud y conveniencia de sus disposiciones.

D. Antonio Martinez, jóven artista, natural de Huesca en Aragon se habia dado á conocer por la perfeccion y delicadeza de sus obras en el ramo de platería y principalmente desde que abandonando el pueblo de su naturaleza fijó su residencia en la capital por los años de 1780. No tardó en llegar á oidos del monarca la noticia de su habilidad, y consecuente á su principio de proteger al talento donde quiera que lo hallase, dispuso que Martinez pasase pensionado á Paris y Londres para que adquiriese todos los conocimientos necesarios, á fin de elevar su arte al mayor grado de prosperidad.

No quedaron, pues, defraudados los deseos del rey, porque el jóven Martinez correspondiendo ventajosamente á tan noble proteccion, aprovechó de tal manera en sus viajes, que no solo adquirió el conocimiento de varios secretos de fabricacion hasta entonces ignorados en nuestro pais, sino que importó considerable número de máquinas, no sin graves riesgos y compromisos por hallarse prohibida su esportacion de aquellos paises bajo las mas severas penas.

Martinez á su regreso y favorecido siempre por la constante proteccion del rey, pudo plantear su grandioso establecimiento fábrica y escuela de todos los ramos del arte, elevándolo desde luego á un punto capaz de competir ventajosamente con las naciones mas adelantadas en este ramo.

El magnífico edificio construido para la fábrica fue dirijido por el arquitecto D. Cárlos Vargas, y se finalizó en 1792, pudiendo asegurarse que por la elegancia de su aspecto, por la grandiosidad y cómoda distribucion de su interior, acaso no tiene rival de su clase en toda Europa.

Situado á la estremidad de las calles de S. Juan y de las Huertas en una plazoleta que se forma, y con vuelta al paseo del Prado, se halla en disposicion de presentar con muy buen efecto su bella fachada principal cuya perspectiva ofrecemos al frente de este artículo. Es de orden dórico, y enriquecida con una columnata que dá elegante entrada al pórtico ó peristilo, rematando en un cuerpo ático sobre el cual se halla colocado un bello grupo de escultura que representa á Minerva premiando las nobles artes.

Entrando en el edificio, y despues de un vestíbulo regular, se pasa á un templete ó sala octógona que sirve de despacho, en cuyo centro se eleva un grandioso escaparate de igual forma que la pieza, vestido en su interior de espejos que reproducen con toda brillantez la multitud de preciosas alhajas que contiene.

A la izquierda de este templete se halla la entrada al gran taller ú obrador que consiste en un magnífico salon de 200 pies de largo por 32 de ancho y 20 de alto, con 15 ventanas por cada banda, recibiendo luces directas por todas ellas, y dividido en dos iguales mitades por una media naranja que sostienen cuatro columnas de orden jónico. Pueden trabajar cómodamente en este taller 150 operarios, andando tambien las muchas y voluminosas máquinas que en él se hallan colocadas, entre las cuales las hay de un gran mérito, como son el grande estampe semicircular, volante, tornos de Guillosé, plataformas y máquinas de reduccion. Sirven á decorar este salon al mismo tiempo que de modelo de bellas formas, varias esculturas conocidas, entre las cuales es digna de notarse el famoso grupo de Laoconte colocado al frente de la sala, y otros varios vaciados de las mas célebres obras de la Grecia.

Abandonando el salon principal y del centro de él se pasa lateralmente á las forjas, fundiciones, estampes y demas oficinas anexas al ramo. En la planta baja se hallan las mayores máquinas movidas por caballerías, como son diferentes cilindros, molinos y demas.

Con el auxilio de estas sostiene el establecimiento un centenar de operarios que dirijidos por el mayor gusto é inteligencia, producen obras que en solidez, gusto y acabado no dudamos en comparar á las mejores que hemos

tenido ocasion de observar en las mas brillantes fábricas de Inglaterra; y los palacios reales, casas de grandes y de particulares de todo el reino contienen un número infinito salido de estos talleres que atestiguan públicamente nuestra asercion.

El conjunto pues de este grandioso establecimiento ofrece uno de los mayores motivos de orgullo á la industria nacional, y sus talleres visitados frecuentemente por los reyes, príncipes y viajeros distinguidos, son una prueba mas de la altura á que puede elevarse el genio del pais estimulado por una sábia proteccion.

No concluiremos este artículo sin consignar el testimonio de aprecio que merece el actual poseedor de esta fábrica, el coronel D. Pablo Cabrero, yerno de Martinez, por el infatigable celo con que la sostiene y su amabilidad con los forasteros que la visitan, amabilidad que contrasta con el recelo y suspicacia que en iguales casos hemos experimentado en paises extranjeros.

LOS PERROS.

En uno de aquellos dias lluviosos del mes de marzo que sirven para hacer vegetar las plantas y envegecer à los hombres, hallábame en aquel estado de fastidio que proporciona la falta de ocupacion y movimiento. Yo soy viejo, no tengo buen humor; soy sobrio, no tengo apetito; soy celibato; no tengo familia; soy pobre, no tengo amigos; vivo en una boardilla, no tengo ventana; con que por todas estas razones no podia engañar el tiempo cantando, riñendo, fumando, comiendo ó asomàndome al balcon. Los libros eran pues mi único recurso, pero mi biblioteca es algo exigua y añeja, y apenas podia sacarme del apuro. Sin embargo tomé primero un libro de poesías, pero muy luego le arrojé diciendo: »¿Esto qué prueba?—que los hombres engañan á las mujeres.—»Cojí luego una novela, y á las pocas hojas la solté diciendo: «Las mugeres engañan á los hombres;»—me quedaba un libro de historia, pero este acabó de indisponerme haciéndome conocer que »los hombres se engañan unos a otros.«

En aquel momento mi perro de aguas, único compañero de mis meditaciones, asomó por la puerta su cara respetable de gastador veterano; mi imaginacion herida por su noble continente se fijó de pronto en las cualidades de aquel cuadrúpedo, y conducido à reflexiones filosóficas abandoné con facilidad à los hombres y sus libros para *echarme* decididamente *á perros*.

Todas las virtudes casi imposibles preceptuadas al hombre social se han atribuido á esta especie irracional, llegando al estremo de inventarse otras espresas para ella; de suerte que si esta admiracion no se esplicase naturalmente por el amor de los hombres á lo maravilloso, por una necesidad de creencia que hace, como dice Pascal, que *á falta de lo positivo se adhieran á lo ideal*, me inclinaría à creer que el perro no es mas que un contraste, una antítesis creada por la civilizacion para reprender al hombre de sus vicios, á la manera que Tácito con el ejemplo de una tribu de salvajes dotados de todas las virtudes de que carecian los romanos, dió à estos una leccion admirable. Siempre que se hable del perro en general, se representa en la imaginacion el perro de aguas. Este perro inteligente, diestro, que hace el ejercicio, que se arroja al agua à buscar el baston de su amo, á quien el domingo se peina antes que á los niños; el perro de aguas, dotado de bastante paciencia para prestarse gustoso á los juegos crueles y tiránicos de los bulliciosos herederos de su amo; este perro, que á pesar de su aspecto nada seductor, de sus modales un tanto groseros, y tal vez de su condicion que le destierra de los salones y le reduce á la mansion del artesano, encuentra el medio de hacerse aristócrata, y ufano con la chaqueta azul de su amo, ladra à las chaquetas pardas, muerde á los aguadores y persigue de lejos á los traperos.

Acabo de hablar de los perros que hacen el ejercicio. Pero acà para entre nosotros no hay cosa que mas me enfade que los *animales sapientes*. A mi me gusta que cada uno haga su oficio, y tanto me incomoda ver à un perro echar armas al hombro, como ver á un hombre mordiendo como un perro.

A propósito de perro de aguas, no puedo dejar de citar un rasgo que le hace mucho honor al mio, y del que me envanezco algun tanto.

Hará como tres años hàcia el fin del otoño me paseaba una tarde á las orillas del Pisuerga, apresurando algun poco el paso para disimular el efecto del frio, cuando observé que en la misma orilla se veia un grupo de gentes que miraban con atencion al agua. A mi llegada distinguí un pobre perro de aguas, hijadeando y esforzándose en vano por trepar á tierra, que por aquel sitio tenia algunos pies de elevacion, mas desfallecido de cansancio, desaparecia por momentos en el agua.

Distinguíase entre los circunstantes uno que por su palidez, por la ansiedad con que sus miradas seguian los movimientos del perro, por su respiracion difícil y por su trémula voz que llamaba à *Muley*, hube de conocer por el dueño del perro. No pude contenerme, me desnudé, me arrojé al agua helada, y conduje á *Muley* à la ribera. El dueño antes de darme las gracias abrazó á su perro; despues hallando muy natural el que por *Muley* me hubiese espuesto, y como pesaroso de que le hubiese privado del placer de este sacrificio, esclamó: »¡Ah! caballero, cuàn dichoso sois en saber nadar!« Entonces observando las caricias que el perro me hacia, añadió. »Es agradecido y nunca olvidarà vuestro favor; quiero que sea vuestro, pues que podeis defenderle, y yo no.« Esto dicho abrazó á su perro, y me le dejó; y desde entonces Muley entró en mi servicio.

El instinto y la inteligencia del perro son admirables. Aun los mas torpes, cualquiera que sean sus mañas, inducen á concederles un instinto singular, una comprension admirable que no siempre puede uno mismo esplicar si bien escitan nuestro afecto y entusiasmo.

Vemos al perro de Greolandia, que siguiendo á su amo atraviesa desiertos impracticables á los demas animales,

El perro de ganado, guarda severo, defensor intrépido, asociado obediente,

Pero sobre todo el compañero natural del hombre, el perro de caza, cuyos diversos retratos distraerán mas á nuestros lectores infantiles que la simple enumeracion de ellos.

Aqui no podemos menos de atacar una preocupacion. Se nos pinta el perro de caza con la nariz á tierra, y en esto generalmente se comete una inexactitud; la perfeccion de aquel animal consiste en cazar con la nariz al aire. El perro que escarba y pone la nariz en tierra hace levantar la caza ó se detiene demasiado cerca para que pueda esperar mucho tiempo, mientras el que lleva la nariz elevada no se aproxima sino gradualmente segun lo exige la inquietud ó el sosiego de la caza; y hasta las mismas perdices no se espantan al ver el perro cerca de ellas no presumiendo que las sigue la pista.

Un buen perro de muestra es un compañero cuasi indispensable para el cazador: él solo puede hacer una abundante caza. Asi es que en todos tiempos han existido leyes contra semejante casta de perros.

Ahora quiero daros un consejo: considerad como enemigo mortal vuestro á todo cazador que os acompañe en

las cacerías sin perro. La caza pasará á cada momento por medio de ambos, y ninguna perdiz, ninguna liebre está an espuesta como vosotros: estas no tienen que temer mas que á su poca destreza, mientras vosotros discurris en las innumerables cuitas de su torpeza mayor.

Asi es que el cazador sin perro está espuesto à mas que peligros, à burlas. En el último otoño un sugeto à quien estimo mucho para omitir su nombre en tal circunstancia, al salir de un bosque mató un enorme pavo que tuvo que pagar y conducir à su dispensa.

Preciso es colocar entre los perros útiles el alano, mastin, el guarda, el portero, el cerbero de nuestras casas, protector de la propiedad y de mas influencia en favor de esta que las leyes y los tribunales.

Y tambien al de presa que participando con el de tan honorífico empleo, es célebre por su fuerza, por su audacia, por su encarnizamiento en los combates. Estas luchas son dignas de admirarse en nuestra plaza de toros, cuando se ve à una fiera acosada y bravía sucumbir prontamente à la destreza de un animal incomparablemente menor.

Pero entre los perros, los mas queridos, agasajados, colmados de caricias, son los inútiles para sus amos. Por mucho tiempo prevaleció el faldero; el dogo, especie de perro de presa en 32°, ha estado en posesion de ocupar los sofas y de morder las piernas à los amigos de la casa.

El dogo es arisco, regañon, goloso, y mimado; rivel de los amantes felices, testigo de galantes aventuras.

Luego viene la galga, la andaluza, de la especie esvelta distinguida, vivaracha y de buen tono.

Y el danés con sus orejas cortadas, perro tan impertinente delante del carruaje como el cazador detras, perro que hubo de matar à J. J. Rousseau haciéndole caer y romperse la cabeza.

Réstame hablar de una historia de perro que por mi parte me enterneció. Pero no sabré como espresaros su especie, su forma, su familia. Era el producto de una de aquellas mezclas que diariamente se presentan en las calles de Madrid, que de dia viven en los basureros y de noche duermen debajo de los cajones de los mercados, casta gitana de los perros que Bufon no pudo comprender.

Ni era pequeño ni grande, mas flaco, que gordo, feo, sucio, y de un color, ó mas bien de un matiz que en ningun idioma tiene nombre conocido.

Su amo y él eran dos miserables que rara vez se desayunaban, comian por casualidad y nunca cenaban. Sin embargo, vivian, yo no sé como.

Un dia el amo hizo una travesurilla y se hubo de encontrar un bolsillo en la mano (acaso contra la voluntad de su dueño); pero en fin, ello fue que luego pasó á la mano del alguacil, que fue lo peor, y el amo à la carcel, y el perro quedó en medio de la calle sin ninguu arrimo. Pero el caso es que al escribano que era hombre rico y de pró, se le antojó el perro y le llevó á su casa; hizo que le labasen y peinasen, y le encomendó al cuidado de las mugeres (que tenia dos), por manera que desde entonces cambió su posicion y se vió tratado como suele decirse à *cuerpo de rey*, de suerte que nadie hubiera creido que en la memoria del animal quedase todavia la imagen de su antiguo amo.

Pero la causa de este se concluyó, y cuando por consecuencia de ella tuvo que hacer el rumbo á Ceuta engarzado en una cadena, el escribano tuvo que presentarse para dar fe de la salida; por casualidad llevó consigo al

perro; este no bien hubo visto à su antiguo amo, corrió á su lado, le colmó de caricias, y mordiendo á los que le querian apartar de él, siguió la marcha de la cadena y renunció voluntariamente à los goces de una vida regalona por cumplir con su antiguo y desgraciado señor. ¿Cuantos hombres lo hubieran hecho?

LA PESCA DE PERLAS.

En el mes de octubre precedente á la pesca, se principia, si el tiempo lo permite, por el exámen de los bancos ó peñas interiores en que se hallan las ostras de perlas: examínase la posicion de estos bancos por medio de buzos ó nadadores que se sumerjen repetidas veces, y traen para muestra uno ó dos millares de aquellas ostras: si el valor de las perlas recogidas en cada millar asciende á unos trescientos reales, puede prometerse una buena pesca.

Los bancos de ostras ocupan en el golfo de Manaar una extension de 10 leguas de Norte à Sur, y 8 de Este á Oeste. Hay hasta 14 (aunque no todos producen); el mayor tiene tres leguas de largo y dos tercios de legua de ancho. La profundidad del agua es de 3 á 15 brazas (15 à 75 pies). Las ostras de perlas que se encuentran en estos bancos, son todas de una misma especie é iguales en forma: se asemejan á la ostra comun, pero son mayores, pues tienen de ocho á diez pulgadas de circunferencia. El cuerpo del animal es blanco y glutinoso; el interior de la concha, el verdadero nácar, tiene mas brillo y hermosura que la misma perla; el esterior es liso y de un color pardo. Las perlas por lo regular se hallan encerradas en la parte mas gruesa y mas carnosa de las ostras. A veces una sola ostra contiene muchas perlas; y se cuenta de una que produjo hasta ciento cincuenta. La perla es, sin duda, el resultado de algun depósito accidental durante el gradual crecimiento de la concha; y aunque pequeña en su principio, crece por medio de capas succesivas de la misma materia.

El gobierno inglés de Ceilan á veces hace la pesca à sus espensas, otras arrienda sus barcos á diversos especuladores; pero lo mas comun es vender el derecho de la pesca á un particular, que despues le traspasa á otros varios. La pesca del año de 1804 fue cedida por el gobierno á un capitalista por una suma que al menos ascendió á 120,000 libras esterlinas (unos 12 millones de rs.) A principios de marzo es cuando comienza la pesca, en la que se ocupan mas de doscientos cincuenta barquichuelos que llegan de diversos puntos de la costa de Coromandel. Despues de varias abluciones, sortilegios y ceremonias supersticiosas, los barcos se hacen á la vela bajo la direccion de sus pilotos, y al aproximarse à los bancos echan el áncora y esperan la llegada del dia.

A las siete de la mañana, cuando ya el calor solar ha adquirido alguna fuerza, empiezan los buzos sus operaciones. Con los palos de birar y otras piezas de madera, forman una especie de andamio que pasa de una parte á otro del barco, y del cual suspenden la piedra de buzar que introduce en el agua hasta unos cinco pies de profundidad; su peso es mas de cincuenta y seis libras, y su forma como la de un panal de azúcar: la cuerda que la sostiene contiene en la parte inferior un estribo para recibir el pie del buzo. Este lleva por única vestimenta un pedazo de tela rodeado à las caderas: pone un pie en el estribo, y permanece de pie algunos instantes sostenido por el movimiento de uno de sus brazos: entonces le arrojan una red en forma de canasta, rodeada de un aro de madera, en el cual coloca el otro pie; y en sus manos tiene las cuerdas de la canasta y de la piedra. Cuando se halla en estado de sumerjirse, cubre con una mano sus narices á fin de que el agua no se introduzca, da un fuerte impulso à la cuerda de la piedra, à cuyo esfuerzo se desata el nudo que la sostenia, y se va á fondo. Llegado à este, saca el pie del estribo, é inmediatamente tiran de la piedra y vuelven á atarla al palo de birar: entonces el buzo se arroja boca abajo, recoge y pone en la canasta cuanto le vieve à las manos. Pronto ya á salir del agua tira fuertemente de la cuerda, cuyo estremo está en manos de los que componen la tripulacion, quienes la hacen subir con suma brevedad. Entre tanto el buzo, desembarazado de todo estorbo, sube por sí mismo á lo largo de la cuerda, y por sus esfuerzos consigue llegar à la superficie con bastante anticipacion á la canasta, entreteniéndose en nadar á alguna distancia del barco, en el cual es muy raro verle entrar antes de concluir la jornada, ó bien tomando un remo ú otro cualquiera útil con que pasa el tiempo hasta que le llega el turno de volver á bajar. Un buzo apenas permanece minuto y medio debajo del agua; sin embargo, siendo diestro, y estando sobre una capa abundantemente provista de ostras, puede reunir en tan corto espacio hasta unas ciento cincuenta. Para cada piedra de buzar hay por lo general dos pescadores, que bajan alternativamente, descansando el uno mientras el otro trabaja. Concluido este ejercicio los buzos suelen sangrar por las narices y los oidos, lo que les alivia mucho. Su trabajo le consideran como un agradable pasatiempo, y aunque esten ocupados seis horas seguidas no dan á conocer el mas mínimo descontento, á no ser que las ostras escaseen. Cuando se aproxima la noche el piloto hace la señal, la flotilla se reune y navega hàcia la costa donde la aguarda una inmensa multitud; cada barquichuelo entra en el punto que le está designado, y las ostras se transportan à grandes almacenes, donde permanecen hacinadas y bien custodiadas durante diez dias, tiempo necesario para que se corrompan. Cuando ya se hallan en un estado conveniente, las arrojan en un estanque lleno de agua del mar, donde las dejan por espacio de doce horas; luego las abren, las lavan y entregan las conchas á los desgastadores, los que desprenden las perlas con la ayuda de unas tenazas.

Despues de haber levantado todas las conchas, la sustancia de las ostras permanece en el fondo del estanque con la arena y los fragmentos de las que se han roto; y para estraer las perlas mezcladas á estos desperdicios los lavan diversas veces, cuidando de colar las aguas en que se ejecuta. Lavada ya y seca la arena, se acriba: las perlas gruesas se sacan fácilmente; pero la separacion de las pequeñas, conocidas bajo el nombre de *simiente de perlas*, es un trabajo algo dificil. Posterior á esto las separan por clases, segun su grandor, y por último las ensartan y las remiten al mercado.

Las perlas se han considerado siempre como preciosos adornos. Diferentes tentativas de reproduccion se han hecho, y los resultados han correspondido bastante. La mas singular practicada en las playas del mar Rojo en los pri-

meros años de la era cristiana, se ejecuta aun en la China: consiste en abrir la concha de la ostra de perlas para introducir un hilito de hierro, y volver à colocar la ostra en su lugar; el animal, herido por la punta del hilo, depone alrededor de éste una capa de materias de perlas, que poco á poco toma consistencia y se fortifica por otras deposiciones, y entonces vuelven á recojerla.

Tambien se fabrican perlas falsas, valiéndose de unos globulitos de cristal, cuyo interior barnizan con un líquido llamado esencia de perlas, y llenando el hueco con cera blanca. Esta esencia se compone de unas partículas de color de plata, que se hallan en las escamas del pescado llamado *breca*, y que fueron usadas con este objeto por la primera vez à principios del último siglo, por un francés llamado Jaquin.

POESIA.

Acaba de repartirse gratis á los suscritores á la coleccion de novelas extranjeras un *cuento romántico* en verso, bajo el título de *El sayon*, obra original del jóven D. Gregorio Romero y Larrañaga. Apasionados entusiastas de nuestra poesia nacional, no podemos menos de tributar los merecidos elogios á los pocos jóvenes que con paso firme se adelantan en el dia por los descuidados caminos de nuestro parnaso. Y no es corta nuestra satisfaccion cuando creemos descubrir en alguno de ellos aquel divino fuego que inspirára à Rioja, Garcilaso y tantos genios distinguidos como en otros tiempos cultivaron la Musa castellana.

La composicion del Sr. Romero á que nos referimos hoy, revela en él este don sagrado; su leyenda de *el Sayon* es fuerte, atrevida, y eminentemente poética; el estilo puro y noble; los versos faciles y armoniosos. Divídese en ocho cuadros titulados: 1.° *El Barco*; 2.° *La Luna*; 3.° *El Castillo*; 4.° *El Peregrino*; 5.° *La Capilla*; 6.° *El Caballero*; 7.° *La Cita*; 8.° *La Fosa*. En ellos se halla desenvuelta una accion por extremo interesante. Acompaña á la composicion (que se halla magníficamente impresa por Sancha), una bella litografia del Sr. Esquivel. Por todas estas razones, y para escitar el deseo de leer este lindo poemita, nos permitiremos trasladar aqui como muestra, dos trozos; el primero en el estilo de Juan de Mena, y el segundo que nos recuerda las famosas quintillas de D. Nicolas Moratin.

EL BARCO.

Tremenda borrasca en noche lluviosa
Y oscura, agitaba las olas del mar;
El rayo silbaba con furia espantosa,
Chocaban los vientos con ronco bramar.
Velero un navío los mares hendia,
Quebrados los cables, deshecho el timon:
Votando en la popa furioso se via;
Cubierto de acero, sentado un sayon.
Brillaban sus ojos cual rayo de muerte,
Su voz mas que el trueno sonaba fatal;
Al ver los abismos que amagan su suerte,
Maldicion, clamaba con grito infernal.
El voto protervo del fiero soldado
El viento en las nubes fatal repitió:
Maldicion, decia, y el cielo indignado,
Al barco maldito un rayo lanzó.
Sus tablas la llama voraz consumia,
De fuego inundando al férreo sayon;
En medio al incendio feroz sonreia,
Envuelto del humo en denso torbion.
Un débil acento se deja sentir:
Temblára el soldado, vacila un instante:
Ahogado suspiro tornárase á oir;
Al fondo del barco penetra el gigante.
Crecia la hoguera del viento arreciada,
Semeja el bajél un leño encendido,
Sepulcro le ofrece la mar irritada:
De nuevo el soldado se ostenta atrevido.
Un pálido bulto de rostro hechicero,
Imagen divina de acerbo dolor,
Sostiene en sus brazos con aire altanero
Y al pecho le oprime con bárbaro ardor.
En tanto el incendio do quier le acosára,
Y el leño se hundia, y el mar lo sumio;
El hombre á las aguas veloz se arrojára
«Un ay moribundo» al golpe siguió.
Parece una sombra fantástica, leve,
El bulto surcando los mares andaz:
Lanzarle sus rayos el Dios no se atreve,
Que lleva en los brazos un angel de paz.
Las ondas hinchadas con furia terrible,
Cien veces la presa le intentan robar:
Cien veces el hombre con mano invencible,
Su hermoso tesoro consigue salvar.
Y ya desmayarse sus brios sentia;
Su torba mirada su afan descubriera;
De pronto le anima dichosa alegria,
Que vido cercana la amiga ribera.
Ya toca su orilla. Ya el mar le alejó.
Salvar la hermosura anhela el soldado.
Se agita, se esfuerza.... por fin la salvó!
Al verse en la playa cayó desmayado.

EL CABALLERO.

Apenas su faz mostró
Por oriente el nuevo dia,
Cuando distante sonó
Ruidosa trompeteria
Que los montes atronó.
Confuso se oye el trotar
De corceles corredores:
El sol se ve reflejar
En aceros brilladores,
Que forman de luz un mar.
Hidalgos de gran valia,
Caballeros de valor,
Cien ginetes conducia
El amante Galaor,
Por salvar la que queria.
Era el guerrero galan,
De muy bizarra apostura;
Monta un fogoso alazan,
Tan arrogante en bravura
Cuanto es bravo el huracan.
Marcha el bruto generoso,
Con noble paso gentil,
De su ginete orgulloso,
Que muestra ademan hostil
Y de venganza ganoso.
Ligero viene el troton
A guisa de guerrear;
Sobre él se ve al Infanzon,
Diestro en los aires vibrar
Su ponderoso lanzon.
Y en lo ufano del guerrero,
Y en lo altivo, y en el brio
Del gallardo caballero,
Entre el denso polverio
Semeja á Mavorte fiero.
A su lado se ostentara,
Inmovil como una roca,
El home-rico de Lara;
Al combate los provoca,
Su continente aterrára.
Ordena bien su escuadron
Galaor á la batalla,
Y picando su bridon
Se adelanta á la muralla
Donde se via al sayon;
Y le grita—»Mal nacido,
»Guerrillero desleal,
»Tal honor no has merecido,
»Mas hoy te acepto rival,
»Que verte quiero rendido.
»Depon tu orgullo, malvado,
»Dobla ante mi la rodilla;
»Tu pronta muerte ha llegado:
»Vengadora mi cuchilla
»Sacrificarte ha jurado.
»Hierro empuña cortador,
»Escoje lanza pesada
»Y corcel batallador:
»Ya te aguarda en la esplanada
»Tu enemigo Galaor.»
Cual fantasma colosal
Inmóvil desde el Torreon,
Escucha el reto fatal
El furibundo sayon,
Y sonrieva infernal.
Su manopla requirió
Involuntario el acero:
Entre dientes blasfemó
Y con ademan severo
Detras del muro se hundió.
Ya tornara á parecer
Ya le espera el adalid,
Chilla el rastrillo al caer,
Ya caminan á la lid,
Ya se les vió arremeter.

LA ESPOSA BAJADA DEL CIELO.

La señorita Elisa Garnerin, hija del célebre areonáuta de este nombre, y la misma que tan bravo chasco nos pegó hace años á los madrileños, acaba de casarse en Nueva-York con un rico banquero americano, á cuyas posesiones habia llegado en un globo quince dias antes. Despues de firmar el contrato esclamó alegre el banquero: «*Hé aqui una mujer que me ha bajado de las nubes.*»

—

LAS DOS ENFERMEDADES.

De los muchos sistemas médicos que se conocen cada uno quiere establecer el suyo; pero Gatti que poseia todo el talento de Hipócrates, y era casi tan incrédulo como Montaigne, solo reconocia dos clases de enfermedades à saber; las que matan y las que no matan.

—

ESCEPTICISMO DE UN ENFERMO.

Visitando el hospital un sabio médico preguntó à un anciano enfermo como se hallaba: ¡Ah! señor, respondió

el hombre, he pasado tan mala noche que si vinieran à decirme que me habia muerto no me cogeria de susto.

—

Longevidad relativa de los sabios, letrados y artistas.

Un literato inglés, Mr. Madden, acaba de publicar una especie de fisológia de los hombres estudiosos, en la cual nos presenta doce cuadros de mortalidad, fruto de sus observaciones acerca de la duracion de la vida, de veinte distintos autores conocidos en cada una de las clases, cuyo conjunto compone el dominio de la inteligencia. He aqui el término medio de longevidad en cada clase, segun el resultado de aquellos cuadros.

El de los sabios es de	75 años.
—Filósofos	70.
—Escultores y pintores	70.
—Jurisconsultos	69.
—Médicos	68.
—Teólogos	67.
—Filólogos	66.
—Músicos	64.
—Críticos y romanceros	62 1/2
—Autores dramàticos	62.
—Autores que han escrito sobre la religion natural	62.
—Poetas	57.

—

LOS HABITANTES DE UNA OSTRA.

Por el resultado de las observaciones microscópicas se demuestra que la concha de una ostra es un mundo lleno de innumerables animalitos, à cuyo lado la ostra misma es un coloso. El líquido que encierra aquella contiene una multitud de embriones cubiertos de escamas transparentes, y que nadan con facilidad: dos mil de estos embriones colocados en una fila no ocuparian una pulgada de estension: ademas contiene el mismo líquido una gran variedad de animalejos de un grueso quinientas veces menor que espiden un resplandor fosfórico. Pero aun no son estos solos los habitantes de tan singular morada: cuéntanse ademas tres especies distintas de gusanos llamados gusanos de ostras de cerca de media pulgada de longitud y que brillan en la oscuridad como los de seda.

La ostra tiene por enemigos declarados la estrella marina, y la almeja, la primera se introduce entre ambas conchas cuando están entreabiertas y con su trompa estrae el jugo de la ostra. Se ha observado que estas cambian de posicion en el flujo y reflujo de la mar: al principio descansan sobre la parte convexa de sus conchas, y despues se vuelven del lado opuesto.

—

Estadística de los papas.

He aqui la indicacion curiosa, fruto de un cálculo exacto, de los paises á que han pertenecido los 256 papas que han ocupado el trono pontificio desde san Pedro hasta el actual papa Gregorio XVI: 1 de las Galias, 17 griegos, 4 africanos, 6 siverios, 1 sabino, 16 toscanos, 2 dálmatas, 4 sicilianos, 16 napolitanos, 2 sardos, 4 españoles; 7 venecianos, 8 milaneses, 15 franceses, 6 alemanes, 1 lorenés, 1 borgoñés, 5 genoveses, 2 piamonteses, 1 holandés, 1 portugués, 1 inglés, 1 candiota y 134 romanos ó de los estados pontificios.

—

ROBERTO EL SABIO.

Este príncipe hijo de Hugo Capeto, fue uno de los hombres mas notables de su tiempo. Rehusó el trono de Italia y la corona imperial por no empeñar á la Francia en una guerra ruinosa. Aun se cantan en las iglesias de aquel reino himnos debidos á su musa que datan del siglo XI. A él deben sus reyes la humilde costumbre de lavar los pies à doce pobres el dia de jueves santo, y de hacerlos servir en la mesa por los príncipes y grandes señores. Era tan estremada su compasion respecto á los desgraciados, que no estorbaba que le robasen. Uno de ellos le cortó un dia la mitad de una franja de oro, y se disponia para quitarle la otra, «retiráos, le dijo el rey, lo que llevais debe bastaros, lo que resta podrà socorrer á otro.»

—

EL HIJO DE UN ESPECIERO.

Flechier, uno de los principales oradores del púlpito francés, era hijo de un lonjista. En un momento de envidia le echó en cara un obispo lo bajo de su nacimiento: «Señor Ilustrísimo, respondió Flechier, es cierto, pero entre nosotros dos hay una diferencia, y es que si hubiéseis nacido en la tienda de mi padre aun permaneceríais en ella.»

—

BIBLIOTECAS AMBULANTES.

Hay en Escocia bibliotecas organizadas con un objeto filantrópico, y cuya feliz idea merecia ser importada á nuestro pais por las juntas de instruccion primaria.

El objeto de esta institucion es, surtir de libros útiles á instructivos à los habitantes de las aldeas. Esos libros se reparten en porciones de à cincuenta tomos, y permanecen dos años en un mismo pueblo; se comunican gratuitamente à todo individuo mayor de doce años bajo la promesa de cuidarlos. Concluido dicho término son transportados à otro punto, y reemplazados por otras obras: estos establecimientos se sostienen por suscricion.

—

En algunos puntos de Alemania acaba de publicarse el siguiente decreto, con el fin de impedir el uso de las bebidas durante los divinos oficios: «Toda persona que durante los oficios divinos del domingo ó cualquier dia festivo se halle bebiendo en una taberna, està autorizada à salir de ella sin pagar.»

—

Mucho se habla de un carruaje de vapor que acaba de construir un hábil mecànico inglés. Tendrá treinta pies de longitud, y podrá encerrar unas cien personas: se dice que contiene en el interior un gabinete de lectura, un café, una cocina, y pequeños carruajes que conduzcan las personas de uno à otro punto. ¡Luego dirán que el siglo no marcha!

—

El rey de Nápoles acaba de presentar á las fuentes bautismales un niño con cuatro pies: he aqui una criatura que no dejarà de hacer carrera.

—

Habiendo pedido á Fontenelle la definicion de una mujer hermosa, contestó: «Una mujer hermosa es el paraiso de los ojos, el infierno del alma y el purgatorio de la bolsa.

—

CAMPANAS.

Las primeras campanas se introdugeron en Francia en 550, en el reinado de Childeverto y Clotario I, hijo de Clodoveo.

Antes de su invencion se usaban unas planchas que llamaban sagradas, en las cuales se daban fuertes golpes para convocar à los fieles al templo; desde un principio se usaba la ceremonia de bendecirlas; poco despues se adoptó la de bautizarlas que aun se usa en nuestros dias.

En 610 eran tan poco conocidas las campanas, que sitiando á Sens el ejército de Clotario, asustados los sitia-

dores de tan espantoso *repique*, dice un autor, levantaron el sitio y emprendieron la fuga. La mayor campana que se conoce es la de un convento situado en Moscou, la que aseguran tiene 41 pies de circunferencia, y pesa 1409 quintales.

—

LAS 2734 LENGUAS.

El sabio aleman Adelung, ha calculado que el número de lenguas que se hablan en Europa es 387 : en Asia 987: en Africa 276; en América 1084 : total 2734. La confusion hace progresos.

—

LAS DOS MITADES.

Un poetrasto que acababa de componer un largo poema preguntó á un amigo de qué modo se valdria para hacerle mas agradable al público. Quitándole la mitad, contestó aquel, y suprimiendo la otra.

—

La poesía de las cuatro naciones.

La poesía italiana (decia el Papa Ganganelli), es un *fuego que chispea*; la poesía española un *fuego que enciende*; la poesía francesa un *fuego que ilumina*, y la poesía inglesa un *fuego que ennegrece*.

—

TAPICES.

Los primeros fueron fabricados por los sarracenos en el Mediodia de la Francia en 742, bajo el imperio de su 17.° rey Childerico II.

EL TERMOMETRO.

Al tratar del termómetro no intentamos entrar en pormenores cuya esplicacion pertenece mas bien á un estenso tratado elemental de física que á un sucinto artículo de periódico. Limitarémonos pues à decir que este instrumento inventado à fines del siglo XVI, y cuyo autor no se sabe con certeza, no se divide en igual número de grados en los diferentes paises en que se halla puesto en uso. Distínguense los termómetros *Centigrado*, *Reaumur* y *Farenheit*. La unidad de la medida es en los dos primeros el intérvalo comprendido entre la temperatura del hielo cuando se derrite, y la del agua cociendo bajo 0^m, 76 de presion atmosférica; este intérvalo se divide en 100 partes en el termómetro *centigrado*, y en 80 en el de *Reaumur*. De aqui se deduce que para transformar, por ejemplo, 20 grados de Reaumur en los centigrados que los corresponden basta multiplicar 20 por 5 | 4 y nos producirà 25. Si el número 20 representase los grados del centigrado habria que multiplicarlos por 4 | 5 y nos daria 16. Puede ejecutarse la operacion sobre la figura que à continuacion estampamos.

El termómetro Farenheit, usado particularmente en los paises en que prevalece el idioma inglés, no tiene por unidad de medida el mismo intérvalo que los dos primeros: sus dos estremos fijos son la temperatura del agua cociendo, y la que se obtiene por la mezcla de iguales porciones de sal marina y de nieve, mezcla que produce un frio mayor que el de la nieve sola. Este intervalo està dividido en 212 partes: el yelo derritiéndose corresponde al grado 32, de lo que resulta que el intervalo que media entre esta temperatura y la del agua cociendo se divide en 180 partes. Por consiguiente si se quiere transformar un número de grados Farenheit, por ejemblo, 92, en centígrados habrá de comenzarse por separar 32 ° para colocarle al punto de marca del centigrado, en seguida se tomaràn los 5 | 9 del resultado, y producirà 33, ° 3: para el termómetro Reaumur se tomarán los cuatro 4 | 9 y darà 26, ° 7; que asimismo puede comprobarse en la figura.

De aqui se deduce lo importante que es cuando se cita una temperatura no omitir la designacion de termómetro de que se toma.

MADRID: IMPRENTA DE OMAÑA, 1830.